
VI

CONFESOR DEL MISTERIO DEL HOMBRE Y DEL MISTERIO DE DIOS

I(*). Tomar apoyo en mi experiencia de hombre y de creyente y no en los a priori de una doctrina general. - En la encrucijada de lo psicológico y de lo ontológico, asociando el recuerdo de mi pasado y la preconsciencia de lo que tendré que vivir humanamente. - Al hilo de los años, liberarme de las condiciones contingentes de lo que he vivido y aproximarme a lo esencial: formar parte así de mi propio ser. - Hay una comunicación con el lector que puede alcanzar el nivel de la comunión. - Lo que sugiere la reflexión sobre la vida espiritual supera lo que puede presentarse como una antropología y una teología.

II. La palabra que evoca lo esencial humano procede de lo universal. - Escoger expresiones más afinadas, más maleables y más dúctiles que las de la filosofía y la teología. - Mi obra, procedente de la interioridad, no aspira a ninguna autoridad ni a ningún magisterio.

III. La misión de la Iglesia exige que ésta repiense sin cesar su mensaje para vivirlo y testimoniarlo mejor. - El ejercicio de la libertad del simple laico perdido en medio del pueblo cristiano. - Causas de sospecha arraigadas en unas concepciones esencialistas y fixistas del Mundo. - Efectos reductores, para la fe y para la vida espiritual, de la negativa a reflexionar de forma personal sobre cuestiones fundamentales. - La fe ayuda a superar la parálisis o la regresión nacidas del miedo. Contribución de mis libros a nutrir y a expresar la fe.

(*) Este texto se publicó como capítulo VI de: Marcel Légaut, *Vie Spirituelle et modernité (entretiens ultimes avec Thérèse de Scott)*, París, 1992, págs. 137-152.

I

*Tomar apoyo en mi experiencia de hombre y de creyente
y no en los a priori de una doctrina general*

M. Légaut: No soy filósofo de oficio ni teólogo en funciones. Mi obra, redactada en principio para mí mismo, es un esfuerzo por aclararme como hombre y como creyente, del modo más exacto posible, cosa a la que favorecen la escritura y la reflexión, ambas íntimamente ligadas e interdependientes pues a veces una precede a la otra y otras es al revés. La escritura obliga al pensamiento a pronunciarse, a no quedarse en lo impreciso y movedizo de las consideraciones inconsistentes que por falta de rigor y de maduración no llegan a la simplicidad de la claridad y a la modestia de lo justo. El pensamiento, conforme se esfuerza en formularse a través de la escritura, se critica a sí mismo y se precisa cada vez más; se enriquece con las explicaciones que después se ve que son necesarias para no dar pie a interpretaciones y desarrollos inadecuados. Y hay expresiones especialmente acertadas e inesperadas que se dan como por azar, sin poderlo prever el autor pese a obedecer a alguna razón secreta, y que anuncian y dan paso a desarrollos y a prolongaciones de los que el pensamiento está preñado.

Mi obra no se sitúa en el nivel en el que la filosofía y la teología tratan del hombre y de Dios en general. Mi obra procura, por el contrario, basarse en lo que por experiencia percibo directamente de mí mismo en mi vida de hombre y de creyente, al margen, en lo posible, de cualquier doctrina general que entorpecería esta toma de conciencia desde el comienzo. Así ocurre, en primer lugar, cuando miro mi presente con una mirada de la que no siempre soy capaz, pues sólo la logro cuando me libero suficientemente no sólo de la presión de las circunstancias y de las impresiones que me asaltan y me invaden sino también de la de aquellas de mis evidencias y creencias que sólo serían verdaderamente sanas si se dejasen poner siempre en cuestión. También sucede así cuando, con el mismo espíritu que acabo de decir, reflexiono asiduamente sobre mi pasado y él me muestra

cómo he llegado a ser el que soy ahora: a través de los numerosos meandros de mi historia, de las múltiples circunstancias que encontré y de las que me tuve que apropiar, y gracias también a la comprensión que pude alcanzar de lo que tuvieron que vivir algunos seres de los que estuve lo suficientemente cerca como para poder compartir su vida.

Esta obra de análisis y de síntesis, realizada con una lucidez que ninguna frontera limita, es el centro de la actividad de la conciencia. Está continuamente en desarrollo a lo largo de los años, si no de forma explícita, sí, al menos, según sus propias cadencias, normalmente imprevisibles. Paso a paso repasa las etapas de mi vida y progresa en penetración así como en precisión mientras lo hace. Es la que proporciona a mis libros, escalonados durante cincuenta años, una unidad casi orgánica a pesar de la diversidad de los temas que tratan y de las épocas en que se escribieron. Esta unidad no es en absoluto consecuencia de un proyecto concebido y sostenido conscientemente, y se manifiesta en cada uno de mis libros aunque ninguno lo haya escrito siguiendo un plan previo, pensado desde el comienzo.

Mis libros versan, pues, sobre la inteligencia que he adquirido de la condición humana y de mi condición de creyente del siglo XX. Independientemente de lo particular que sean las situaciones que estuvieron –más como ocasión que como causa– en el origen de dicha intelección, me parece que ésta es lo bastante común como para que cualquier hombre, si es suficientemente consciente de lo que vive, pueda reconocerse en ella en gran medida al menos, dependiendo de la calidad de su lectura, que es de esperar que sea superior a la meramente gramatical. Sin duda soy yo el primer beneficiario de mis libros, no sólo por el trabajo de pensar y de escribir que me exigieron sino también, y quizá más todavía, por razón de las sucesivas relecturas que hago de ellos en determinados tiempos de atención y de lucidez. En cierto modo, mis libros me engendran a medida que yo los extraigo de mi propia sangre y me despiertan a medida que me entrego en ellos sin reserva. Me inclino a pensar que también

son, para muchos lectores, ocasión de retomar nuevo impulso. A decir verdad, su aportación no es algo fundamentalmente nuevo pues, en cierto modo, ya se ha pensado y escrito todo acerca de las cuestiones fundamentales planteadas por la condición humana. No obstante, para vivir de ellas siempre hay que volverlas a pensar y a expresar conforme al universo mental de cada tiempo y a la edad mental de cada uno porque, de lo contrario, resultarían ficticias y no desempeñarían el papel capital que les corresponde en la vida de los hombres.

*En la encrucijada de lo psicológico y de lo ontológico,
asociando el recuerdo de mi pasado y la preconsciencia
de lo que tendré que vivir humanamente*

La elaboración de mis libros procede de una actividad intelectual extraordinariamente personal y de un impulso secreto que se eleva de la totalidad consciente e inconsciente de mi ser, más allá de lo que yo sabría provocar y alcanzar expresamente. Por la confluencia de estas dos "mociones", de las que ninguna precede a la otra pues ambas se apoyan mutuamente y se reciben simultáneamente, esta elaboración es del orden de la creación, que va más allá de cualquier fabricación procedente sólo de la utilización de alguna técnica, por más perfecta y elevada que sea. Esta forma de elaboración reviste a mi obra de un carácter particular que me pertenece incluso si desemboca en exposiciones de un aire aparentemente general e impersonal, impuesto por la discreción. Estas dos mociones, indisolublemente aliadas, me conducen, a través de una expresión de mí ante mí, a una especie de inteligencia directa y como inmediata de mí mismo, a una verdadera presencia de mí mismo ante mí, y, a través de ella, a una presencia propiamente humana, hecha de atención y de aplicación a todo lo que percibo.

A nadie se le puede dispensar de la actividad, particular y necesaria, con la que acceder, partiendo de su experiencia y de la luz de su propia reflexión, a la intelección accesible para él de su existencia y, por consiguiente, de la condición humana. Cada uno tiene que

acceder a dicha intelección a través de su propia industria y según su propio camino, cuyo dominio, sin embargo, siempre es incompleto. Cualquier hombre ignora el objetivo a alcanzar mientras no llega a él, y no permanece en él –caso de llegar– si no lo está descubriendo de nuevo sin cesar. ¿No es así como uno se eleva al nivel propiamente humano en el que se es propiamente un ser viviente y no sólo un ser vivido, lo cual no quita que se sea consciente de ser un ser dependiente?

Estas dos acciones, en cierto modo interiores entre sí, juntan y asocian íntimamente, en mi presente, el recuerdo frecuentemente repensado, desarrollado y profundizado, de mi historia, y una aproximación, atenta y sin cesar vigilante, de lo que se está gestando en el porvenir de mi vida de hombre. La intelección global resultante es mucho más penetrante y pregnante que un conocimiento ordinario, exterior a su objeto, privado de la raíces que se adentran en él y que permiten que el sujeto capte dicha intelección íntimamente y en profundidad. Esta intelección extrae su savia del suelo mismo en donde está plantada. Es su fruto directo, que madura a medida que se desarrolla, a diferencia del conocimiento ordinario, que es, más bien, una consecuencia automática que se inmoviliza en su perfección una vez acabada. Recapitula y totaliza lo que un simple saber sólo muestra según el orden exterior de la sucesión y del encadenamiento de las causas. Es una comprensión panorámica que se sitúa en la juntura de lo psicológico, unido a todo aquello de lo que depende –lo fisiológico, lo sociológico–, y de lo ontológico. Una comprensión así comporta, sin duda, aspectos que contrastan con la objetividad de los resultados propiamente filosóficos y teológicos; aunque conviene matizar y atenuar mucho el rigor de tal objetividad pues las filosofías y las teologías son también producto de unos hombres cuya personalidad, digan lo que digan, gravita sobre sus actividades intelectuales con todo el peso de sus evidencias no controladas, de sus tendencias no criticadas, tanto de origen individual como social.

Al hilo de los años, distanciarme de las condiciones contingentes de lo vivido y acercarme a lo esencial: formar parte así de mi propio ser

En la medida en que, con el paso de los años y al ritmo de los acontecimientos, me voy desprendiendo un poco de las condiciones contingentes impuestas por mi medio y por mi actividad, y así las voy criticando al tiempo que procuro no concederles más que un lugar secundario y un papel ocasional en mi vida, mi espíritu se obnubila cada vez menos con ellas y se abre mejor y más limpiamente a percibir lo que hay, paradójicamente, de estable, de consistente y de esencial en lo particular de mi historia y en el centro de lo efímero, cambiante y común, del curso de mi vida.

Cuando en mis libros, a despecho de mi singularidad particular que me diferencia del resto y me lleva a separarme y a callarme, me veo conducido, por una exigencia íntima cuya verdad y cuyo carácter imperativo no puedo discutir sin renegar de mí mismo, a comunicar lo que viví en el pasado y que hoy debo reflexionar; cuando alcanzo a exponer así dicha singularidad en su realidad profunda y como ajena al tiempo, me alzo al nivel de la confesión y del testimonio a pesar de expresarme en una forma impersonal impuesta por una elemental y necesaria discreción.

Esta confesión pasa en bloque, en virtud de su propio acto, por encima de todo juicio. No hay nada que añadirle, ni explicaciones ni comentarios, pues éstos acabarían por falsearla e incluso traicionarla. Su sustancia se sitúa más allá del bien y del mal, cuya consideración sólo conduciría a degenerarla. Sólo la conjunción de los silencios, de quien se abre de ese modo y de quien lo acoge a un nivel conveniente, puede concluir dignamente dicha confesión.

Entonces es cuando yo llego a formar parte, lo más posible, de mi ser, más aún que de mi pensamiento, irremediamente rebasado por lo que, por definición, es imposible que yo exprese a pesar del cuidado que pongo para que sea preciso al máximo. Mi testimonio, en su materialidad, sin ser objetivo como un saber que soporta múltiples verificaciones y encuentra en ellas su confirmación, extrae su

autoridad, no obstante su carácter excepcional e irreplicable, del hecho de que lo dicho de este modo lo vivió un hombre hasta el extremo de su fidelidad, hasta donde los límites intrínsecos de su condición y de su imperfección se lo permitían. Y se impone ante otro en la medida en que éste puede acogerlo en su verdad porque ha llegado a ser capaz de ello gracias a su propia vida. Así es como este testimonio es también ocasión de juicio para el que lo acoge.

Hay una comunicación con el lector que puede alcanzar el nivel de la comunión

En este nivel de comunicación que llega a ser el de una comunión secretamente ofrecida pero que sólo es accesible si se espera íntimamente, la acogida, en su calidad propia, depende, sobre todo, de lo que soy. Por eso, lo que escribo (más quizá que lo que digo, porque en ese caso siempre estoy algo cogido por el calor del discurso o por el encadenamiento de las palabras) puede llevar al lector, en determinados momentos, más lejos de lo que a mí se me podía ocurrir que se podía llegar al escribirlo. Mi pensamiento, traicionado en parte por la inadecuación de las experiencias que lo rodean y que acaecen casi de improviso y sujeto también en parte a las servidumbres de una escritura limitada por la gramática, por lo que no puede ser aplicado y ágil a un tiempo durante su libre decirse, es, sin embargo, vivificante en la medida en que, a lo largo de su acto, surge de mi ser, inseparable de lo esencial que he vivido. A despecho de su pesadez y de sus equivocaciones, el texto tiende a penetrar en el interior del lector aunque no le diga nada que no conozca ya. Se imprime en las profundidades de su conciencia hasta el día de su revelación. Entonces, el lector, al leer el texto, se ve llevado, por la totalidad de su ser, a escuchar dentro de sí una especie de eco de la palabra interior que estuvo en el origen secreto de una escritura que ya no es para él, cualquiera que sean su objeto y su estilo, exactamente como las otras.

Por otra parte, el texto que expone la comprensión que el autor tiene de sí mismo no puede tener la misma relevancia para cualquier

ra por más que sea igual de exacta la comprensión del sentido obvio que comporta su letra. Lo que cada uno adquiere por su lectura, y que le puede ayudar indirectamente a captar mejor su propia manera de hacer y de ser, depende de lo que se ha vivido en el pasado, tanto decidida y conscientemente como debido a una relativa pasividad previa a toda conciencia; se adecua, además, a lo que el lector puede acoger en el presente según su forma de prestar atención y de aplicarse a ello; y está influido imperceptiblemente también por lo que él podría llegar a ser a partir de sus potencialidades, conocidas o ignoradas, hasta el punto de ser inconcebibles por el momento.

Lo que sugiere la reflexión sobre la vida espiritual supera lo que puede presentarse como una antropología y una teología

Mis libros son fruto de la vida tanto como del pensamiento, por eso, limitarse a extraer de ellos la antropología y la teología subyacentes y no tener en cuenta la vida espiritual que tratan de desarrollar y de sugerir indirectamente sería traicionar su sentido y condenarse a permanecer ajeno a lo esencial de su mensaje pues no se disecciona un ser vivo para ver cómo vive.

La palabra, incluida la escritura que ella inspira y moldea, cuando está profundamente arraigada en el pasado del autor y se hace eco de la continua confrontación entre el pensamiento y lo que diariamente viene a cuestionarlo, vive, cada vez más, en compañía del silencio último que se convierte en su morada; silencio distinto del mutismo del agnosticismo, igual como la fe es distinta de la credulidad.

La escritura puede hacer entonces que lo esencial que encuentra su soporte en ella trascienda tiempos y lugares. Sin que el autor lo quiera y ni siquiera lo sepa, su escritura está como habitada por él y por eso es lugar de encuentro entre él y lo más interior del otro, su lector. Dirigida, casi dictada por algún sentido inmanente, está en correspondencia, sin ninguna nota en falso, con la esperanza fundamental de quien la escucha escuchándose a sí mismo. Puede conver-

tirse en llamada personal y singular para éste, de forma que sea extraordinariamente importante para él responder a ella al nivel en que la percibe, es decir, bajo las especies que el presente le proporciona y para las que él está especialmente dispuesto gracias a su calidad de acogida y a su vigor humano. La luz y la fuerza necesarias para este efecto se desarrollarán poco a poco en él si, entrando cada vez más en la inteligencia del ser de aquél que ha sido de este modo llamada para él, corresponde a esa llamada y a esa inteligencia con una fe y una fidelidad que, por otra parte, antes de que digan su nombre, nacen, activas aunque ciegas, en el centro de los instintos vitales del hombre y son fruto en él de la actividad creadora que obra en el Mundo y que es donde Dios se despliega.

II

*La palabra que evoca lo esencial de lo humano
procede de lo universal*

Mis libros contienen el testimonio de un hombre, inspirado por la fe y guiado por la fidelidad, que, en lo esencial, tiene una intelección suficiente, cultivada a lo largo de su vida, de lo que ha tenido que conocer y también de lo que, cara al futuro y ya desde hoy, le llama en su interior como por adelantado. Con frecuencia, como para prepararle desde lejos, alguna preconsciencia de lo que le reserva el mañana acude a este hombre, antes incluso de que él pueda responder a ella activamente. Empujado por alguna fuerza y necesidad exterior, al esforzarse por que haya la menor distancia posible entre lo que dice y lo que piensa y vive en esencia, sus palabras brotarán de él como si le fuesen arrancadas, como si fuesen un legado último; y sus expresiones fluirán de él como si, paradójicamente, precediesen a lo que tenía que decir en verdad, pese a que ya no habrá nada más que añadir después. Realmente viviente, todo lo que así sale de él no conocerá la muerte entre quienes sean realmente vivientes. En estas condiciones, su testimonio franquea todos los obstáculos con los que se suelen topar las exposiciones genéricas más competentes, que

apuntan a ayudar, a través de una enseñanza teórica, a que la vida interior nazca y se desarrolle. Por algunos de sus aspectos, su testimonio está cerca de lo universal. Por la confesión que hace de sí, este testigo de lo espiritual llega, de forma ciega pero más directa y mejor de lo que podría imaginar, a quienes sean capaces de acogerle en el nivel en el que él se dice, cada uno a su manera, según su situación y su etapa en el crecimiento humano.

En este confesor del misterio del hombre (que por ello mismo es también revelador de dicho misterio, como lo es del de Dios por lo que él llega a ser más allá de la conciencia que tiene de ello), sus lectores estarán en vías de reconocerse, cada uno según su singularidad. Cuando juntos y ayudándose mutuamente lo "vean" tal cual es, expresándose con palabras verdaderas surgidas de pensamientos justos preñados de desarrollos fecundos (lo cual será debido a algo más que a lo que escuchen de su boca), todos se descubrirán unidos más allá de su singularidad y de su diversidad y pese a ellas. La muerte de este confesor del misterio del hombre sellará con el signo de lo universal aquello de lo que ha sido testigo toda su vida, y aún llegará a ser por ello agente de unión y centro de unidad entre los hombres.

La palabra que evoca lo esencial de lo humano es universal de tanto como surge del ser que la dice, el cual, simultáneamente, llega ser gracias a su decir. A menudo esta palabra, cuando surge en nosotros, nos provoca asombro pues la proferimos antes incluso de haberla pensado de tanto como está en nosotros antes de ser nuestra. En efecto, uno mismo la escucha maravillado pues brota del interior de sí, de su núcleo más singular. Descubrimiento inesperado pese a no ser ajeno a lo que, poco a poco, se había ido presentando antes en lontananza de la conciencia como una promesa todavía inaccesible. Por contraste, lo que procede sobre todo del ámbito de lo general se impone de un modo común, desde fuera y desde el exterior, a través de la enseñanza de alguien que no necesita, para transmitirlo convenientemente en cualquier momento, más que un saber bien poseído, adquirido a conciencia si no verdadera-

mente asimilado, que basta con repetir con atención, según un orden programado.

Por otra parte, para abrirse a lo universal, hay que escuchar la palabra que lo dice a través de la intelección que se alcanza del ser que la pronuncia, y que se encuentra presente y activo a través de su ausencia misma y según formas nuevas. Por contraste, quien expone lo que pertenece al orden de lo general es necesario que desaparezca detrás de lo que afirma, pues lo general se impone de forma impersonal para no verse manchado indebidamente con particularidades extrañas. Lo que procede de lo universal sólo puede transmitirse y proponerse de corazón a corazón. Lo que atañe a lo general tiene bastante con la comunicación de boca a oído, y puede imponerse a todos con tal de que los medios disponibles sean suficientes. Allí donde reina lo general gracias al poder que mantiene lo que es de dicho orden, los hombres, por el hecho de su diversidad innumerable, tienen que luchar, a pesar de todo, contra la división que lleva incluso al enfrentamiento, mientras que todo elemento que procede de lo universal es, a pesar de la variedad de los hombres, signo de su potencial unificación, que lleva incluso hasta la comunión.

Escoger expresiones más afinadas, más maleables y más dúctiles que las de la filosofía y la teología

¿Cómo ayudar a los otros –lo cual, por otra parte, sólo puede ser de forma indirecta– a distinguir entre la transmisión de lo esencial, que concierne a lo universal y que exige un mínimo importante de comunión inicial entre los hombres, y la comunicación de lo que procede de lo general, la cual sólo exige un interés suficiente por parte de quien comunica y de quien recibe? Para no favorecer la confusión entre estas dos actividades y, en consecuencia, para que la más elevada, que es también la más exigente, no acabe por degenerar insensiblemente en la otra, es importante, cuando uno se esfuerza por transmitir lo esencial, no utilizar los términos utilizados para la mera comunicación en el plano de lo general sin discernimiento. Las pala-

bras empleadas habitualmente para enseñar y comunicar en el plano de lo general están demasiado cargadas de su sentido ordinario, de manera que, a la hora de una transmisión de persona a persona, nos inducen en la tentación de no atribuirles otro valor y otro alcance distinto del ya sabido normalmente, el cual, además, está relativamente debilitado a causa del uso tradicional y repetido. Por eso es importante escoger otros términos diferentes, más aptos para este tipo de transmisión por su relativa maleabilidad debida a una utilización menor, y también por la especie de aura que reciben, por impregnación, de la acción creadora de quien los emplea como inventándolos por primera vez al ponerlos en contacto directo con lo que él se esfuerza por decir y comunicar.

Estas expresiones afinadas, insertas en unos contextos que apuntan además a matizarlas aún más, serán así más capaces de sugerir la actividad secreta que a través de ellas se esfuerza por hacer señas a quien sabe reconocerlas en esta acepción suya renovada que, en cierto modo, las transfigura. Por eso algunos términos clásicos del vocabulario filosófico y teológico no aparecen sino que son sistemáticamente eliminados en mi obra. Otros, por el contrario, pese a su uso común, adquieren una significación nueva al relacionarlos especialmente con ciertos aspectos de la profundidad humana que se esfuerzan por describir mejor al precisarlos más. Este refinamiento se impone cada vez más en la medida en que uno se aplica a abarcar más de cerca y mejor al hombre en su misterio. Con frecuencia, además, términos considerados como sinónimos en la lengua normal reciben en mis libros sentidos distintos que los diferencian entre sí. Por eso es importante tener cuidado y vigilar para captar bien la fineza de los análisis y de las descripciones.

Por contraste, este empleo renovado de determinados términos que ocupan en mis libros el lugar de aquellos otros cuyo uso es habitual y casi necesario en los medios eclesiásticos, deja colgados a los lectores que esperan encontrar los habituales con el fin de formarse un juicio de valor sobre mis exposiciones. Más atentos a la ortodoxia de las formas de decir que a la significación que tales términos debe-

rían tener por objeto ayudar a captar, estos lectores, aunque no sea su principal intención ser censores, debido a esta tendencia, se ven condenados a permanecer ajenos a aquello de lo que trato bajo formas que les resultan desacostumbradas. ¿No cabe temer por ello que estén más vinculados a la manera general de exponer las tradiciones que abiertos a su sustancia?

Mi obra, procedente de la interioridad, no aspira a ninguna autoridad ni a ningún magisterio

Mi obra, de este modo, a través de la exposición de una experiencia espiritual muy personal y además muy particular debido a ciertos aspectos "folclóricos" de la misma, trata de hacer emerger indirectamente en el lector una conciencia más viva de lo que se esfuerza por nacer y desarrollarse en él aunque su vida se dé en unas condiciones y en unas circunstancias por completo diferentes de las mías.

Mi obra no está condicionada por una antropología y una teología establecidas de antemano. Sin embargo, subyacente en el conjunto de mis libros, de una forma imperceptible al comienzo que luego se va haciendo más clara, hay una cierta filosofía y teología que poco a poco se han ido manifestando. Y debo reconocer que ambas, a medida que con los años me iba acercando a mi propio misterio, han ido teniendo una influencia creciente en el curso de mi vida y en mis maneras de decir. No obstante, pese a su importancia creciente, siempre han sido algo segundo. Su papel subalterno es también, en cierto modo, consecuencia de mi falta de formación en ambas disciplinas. De alguna manera, esta carencia pesa sobre mi obra, cuyas exposiciones se encuentran desprovistas de las precauciones que hubiera tenido que tomar para no dar pie a la sospecha de error por parte de los lectores más inclinados a la tentación de juzgar que animados por la voluntad de comprender. Pero, en compensación, gracias a esta carencia, después de años de escritura, he salido felizmente indemne de las deformaciones que son consecuencia casi obligada de los años de formación, en los que todavía uno es incapaz de apropiarse verdaderamente, por un trabajo personal de com-

prensión y de crítica, de aquello que recibe. Pocas personas de cultura, incluso entre las más vivas, logran escapar por completo de estas desviaciones que, por otra parte, a muchos les parecen ser la norma por ser tan frecuentes.

El lugar sólo menor que ocupan mi filosofía y mi teología en mis libros facilita que mi obra se despliegue sin tener la pretensión de imponerse a todos ni ser recibida de igual forma por todos, como si fuese objetiva. Mi obra no aspira a ninguna autoridad de tipo magisterial. Por el contrario, sí que pretende, en su singularidad, superar la mera subjetividad, aleatoria y transitoria. Procede de la interioridad y se esfuerza por despertar y confortar, en el hombre que la acoge, una toma de conciencia de sí accesible a través de la reflexión sobre su propia historia global y lo cotidiano de su existencia. Mi obra se esfuerza por desplegarse y por ser fuente de fecundidad espiritual en la zona en la que lo universal engloba pero también desborda lo general. Sólo tiene la importancia que le confieren los que son sensibles a la llamada que ella les hace escuchar por estar ellos atentos a escucharse a sí mismos.

III

La misión de la Iglesia exige que ésta repiense sin cesar su mensaje para vivirlo y testimoniarlo mejor

Querría abordar ahora el malestar que sienten algunos al leer mis libros. Sin acabarlo de concretar, algunos lectores sospechan que, en lo que callo y en lo que digo bajo formas poco corrientes en este tipo de textos, secretamente pongo en cuestión la sustancia de la doctrina, lo esencial de la misma. Sin duda en mis libros se estudian problemas y por tanto se plantean cuestiones que los creyentes normalmente no se permiten a sí mismos plantear y que por eso les pueden sorprender. Y, sin embargo, ¿no es, en gran medida, misión de la Iglesia repensar sin cesar su mensaje para vivirlo y testimoniarlo mejor, así como criticarlo y profundizar en él constantemente a fin de poder desarrollar

mejor sus virtualidades? ¿Cómo podría hacer esto la Iglesia si algunos de sus miembros no se consagrasen a esta difícil y delicada tarea sobre todo por fidelidad a lo que en su interior se les impone como un deber hacia ella en pago por lo que han recibido de ella? Sin duda este trabajo de pioneros les corresponde particularmente a los cristianos que, por el lugar que ocupan en la Iglesia, no tienen que tener en cuenta las responsabilidades que incumben a la Institución. Aunque se hable poco de ello, la libertad del simple laico perdido en medio del pueblo cristiano se debe considerar como algo importante y necesario que éste debe ejercer y aportar para cumplir adecuadamente su papel en la Iglesia, y que es del mismo rango que los poderes adscritos a los clérigos en calidad de miembros de la Institución.

*El ejercicio de la libertad del simple laico
perdido en medio del pueblo cristiano*

Al margen de los temas que abordan y de la manera como lo hacen, no negaré que la incomodidad que algunos experimentan al leer mis libros no provenga en parte de que espontáneamente resulta chocante e incluso irritante –como si fuera una intrusión– el hecho de que un hombre que carece de una verdadera formación y que no ocupa ningún lugar en la estructura jerárquica de la Iglesia se ocupe –según ellos piensan– de lo que no le incumbe. ¿Por qué no emplea, además, el estilo universitario que permite al pensamiento descansar sobre la expresión y nos evita, gracias a esa facilidad, el esfuerzo de mantener la inteligencia atenta constantemente a lo que se dice? ¿Por qué no se exige a sí mismo pertrecharse de referencias bibliográficas para afianzar sus formulaciones y limpiarlas de toda sospecha de subjetividad, procedimiento que, según una costumbre establecida, fundamenta la autoridad del discurso y le da consistencia? Todas estas carencias, ¿no son acaso un signo claro de su incompetencia? La sinceridad, en efecto, no basta donde hay que mostrar la objetividad de la doctrina; está lejos de remplazar al mandato eclesiástico o al grado universitario que, por contraste, parecen bastar a muchos que suplen la competencia con la “gracia de estado” que automáticamente se atri-

buye a dicho mandato o a dicho grado.

No; aunque la controle exteriormente, no es pequeña en absoluto la reacción del clérigo debidamente mandatado por la Institución, o la del universitario debidamente acreditado por sus diplomas, frente al hombre "común" y "simple" que tan sólo esgrime, para autoconferirse autoridad y derecho a hablar, su buena fe, de un candor desarmante, y, para apoyar sus proposiciones, el reconocimiento de sus ignorancias, inexacto a fuerza de ser excesivo. La sospecha de los "especialistas", o por lo menos su indiferencia, ¿no es el primer reflejo de esta reacción ante quien no forma parte del clan? En todos ellos, el "servicio", ¿no se convierte pronto en un cargo que separa porque eleva? El ser "siervo de los siervos", ¿no es lo que le hace acceder a uno al cargo más alto? El terreno en el que se tiene autoridad por función o por competencia se transforma pronto, en efecto, en un coto privado. Las expresiones no autorizadas, los actos no encargados parecen siempre proceder de algún furtivo, de algún fuera de la ley...

*Causas de sospecha arraigadas en unas concepciones
esencialistas y fixistas del Mundo*

Hay otras causas en el origen del aura de sospecha que rodea a mis libros en ciertos ambientes piadosos y de reafirmación de la práctica religiosa. Sospecho que la desconfianza de estos creyentes hacia mi pensamiento tiene su origen en algo que trasciende el disgusto superficial que pueden sentir al leer unas páginas que son ajenas al uso establecido en su forma de abordar los temas pues procede de lo más íntimo de ellos mismos.

Los cristianos que experimentan esta desconfianza que digo están, por lo regular, muy vinculados a la tradición, sobre la que quieren apoyarse firmemente tal como su fe se lo exige. Consideran que la doctrina de la Iglesia, tanto en su forma como en su fondo, es algo adquirido definitivamente para todos los tiempos y lugares. Tienen una concepción resueltamente esencialista y fixista del Mundo aun-

que no se conformen con una lectura fundamentalista de las Escrituras y no nieguen un cierto desarrollo del dogma (un desarrollo, por cierto, que, para ellos, es seguro que siempre avanza en la buena dirección, y cuya legitimidad siempre puede reconocerse, sin riesgo de error, a partir de lo ya adquirido). Estos cristianos que sienten cierto malestar de fondo ante mis libros creen que el orden establecido por la autoridad divina es el mismo, siempre y en todas partes, aunque los conocimientos de lo real y los datos más seguros de la historia apenas lo confirmen, y, según avanza la ciencia histórica, cada vez menos. Se niegan a tener en cuenta las condiciones contingentes y ambiguas que se dieron al comienzo de las Iglesias y en la formación de las diversas tradiciones. La Iglesia es, para ellos, a través de los siglos, en medio de las perturbaciones incesantes de la historia, la encarnación continuada del Cristo resucitado. Por eso, a pesar de la debilidad de sus miembros, su Institución está revestida de las prerrogativas de la divinidad dentro los límites de su ejercicio, precisados también de antemano con todo detalle.

Con demasiado poca frecuencia alguno de estos practicantes, concienzudos hasta el escúpulo, se fija lo suficiente en la misteriosa permanencia del recuerdo vivo de Jesús de Nazaret en el Mundo (por más extrañas y extravagantes que sean a veces las formas y por más ambiguas que sean a menudo las manifestaciones de dicha permanencia), y en su presencia activa en la Iglesia a pesar de las apariencias y de las eventualidades. Muchos de ellos sólo aceptan ver, en la doctrina enseñada por su Iglesia, el medio de conjurar, gracias a la certeza y a la seguridad que ésta les da, lo que ven de incierto, de inquietante y de trágico en su condición humana. Se revisten de la doctrina, sobrecargada de todos los añadidos que ella incorpora o simplemente autoriza, más para protegerse de dicha condición que para vivirla más a fondo.

¿No hay que reconocer, además, que, más que por otras razones, la mayoría de este tipo de católicos se aferra a la Iglesia sólo porque ve en ella el último baluarte del orden contra la amenaza de la anarquía y de la dictadura, dado que sólo ve de ella la solidez y la impor-

tancia de su presencia física y de su realidad material? De lo contrario, la sociedad moderna, sometida sin remedio a la presión de una economía liberada de toda cortapisa y dueña de lo político, ¿no se vería entregada ineluctablemente a los determinismos que rigen las masas humanas, que están desorientadas y desestabilizadas por las nuevas condiciones que les impone la civilización industrial y urbana, y viven sometidas, además, a las tentaciones del consumo y del edonismo, del poder y de la dominación?

Para un número muy considerable de cristianos, estas razones de orden y de seguridad, en las que el miedo es más importante que la fe, son las que fundan su vinculación a la Iglesia y son también las que los distraen de lo esencial que deberían vivir para llegar a ser verdaderamente hombres y creyentes. Estas razones son las que les permiten escapar de las cuestiones últimas, brutales y sin respuesta, que son, sin embargo, otras tantas llamadas a la renuncia de sí, a la superación de sí mismo impuesta por las situaciones últimas y extremas, individuales y colectivas, que toda vida encuentra, cuestiones que sólo la fe desnuda, arraigada en el hombre a lo largo de su vida, puede soportar y convertir en espirituales y fecundas. Estas cuestiones se levantan desde lo más hondo del propio ser, desde el "instinto de vivir". Desempeñan un papel irremplazable en la maduración humana. Son capaces de llevar al creyente, si es totalmente fiel, más allá de los horizontes limitados que le imponen por su finitud, a pesar de su carisma, la Iglesia y la Escritura. Pero, para que estas cuestiones actúen así, como llamada para el hombre, hace falta que éste no se sirva indebidamente de ellas para protegerse –como tras de una seguridad renovada– de la crueldad de lo real y del vértigo que, con la visión de su condición, siempre lo amenazan.

Efectos reductores, para la fe y para la vida espiritual, de la negativa a reflexionar de forma personal sobre cuestiones fundamentales

Cuanto más se hace de la Revelación (tanto en la letra de las Escrituras como en el espíritu que marcó su redacción) un punto de partida absoluto, radicalmente independiente de toda contingencia en

su producción y en su perpetuación, tanto más se reduce la fe a no ser más que un conocimiento superior, de valor e importancia tanto más capitales cuanto menos accesible es al espíritu humano dado que es un puro don hecho al hombre cuya sustancia es radicalmente ajena a dicho don; y, consiguientemente, tanto más se está expuesto a encontrarse incapaz, a pesar de los esfuerzos, de ahogar en sí las reacciones, medio afectivas medio intelectuales, provocadas por las críticas de los otros en este terreno, sentidas por uno como verdaderas agresiones contra la propia vida religiosa. A menudo, todo esto no ocurre sin que uno no se deslice hacia pensar, furtivamente, para sí, pese a negarlas, que tales críticas –inadmisibles– tienen, pese a todo, algún fundamento. ¿No es éste el signo de que hay algo dentro de uno que hiere la integridad de la fe, una dureza que no procede de la solidez, una opacidad que molesta la transparencia –sin la que no hay luz interior– y una cerrazón que impide la acogida sin la que no hay progreso espiritual?

Tengo que reconocerlo: la lectura de mis libros no deja de turbar un poco a muchos creyentes de los más verdaderos que, en contacto con mi obra, dada su forma de exponer los temas de que trata, sienten vagamente amenazado lo que les parece ser el centro mismo de su fe y, más concretamente, de su forma de vivir sus creencias, de suerte que, si ellos se encontrasen privados de esto, aunque sólo fuese parcialmente, serían "los más desgraciados de los hombres".

Sin duda puede suceder que esta lectura torne a despertar en ellos algunas dudas que antaño les persiguieron, y sea así ocasión de que se renueve en ellos una turbación y unos conflictos íntimos de los que estos cristianos, en su momento, supieron salir victoriosos. Y hay más riesgo de que esto suceda cuando dicha victoria implicó algún deterioro espiritual o de otro tipo. Esto es lo que ocurre con las desestimaciones que ellos tuvieron que mantener a ciegas, con una tenacidad brutal, y como a pesar de sí mismos, frente a algunas de sus posibilidades –pese a albergar éstas algún tipo de promesa– y frente a algunas demandas insistentes y seguramente no sin importancia para su crecimiento religioso. ¿No es acaso toda una vida lo que puede verse así cuestionado, y tanto más catastróficamente

cuanto que, antaño, algunos creyentes, que se contaban entre los más vigorosos, si no entre los más exactamente fieles, tomaron algunas decisiones capitales para su orientación bajo la presión de su adhesión inquebrantable a una doctrina a la que aureolaba por completo el carácter absoluto de la verdad? ¡Qué vértigo debió de apoderarse de ellos al pensar en si se dejaban llevar hasta reconocer, en su pasado, algunas malformaciones importantes en su forma de creer y de vivir, así como algunas consecuencias graves e irreparables que dichas malformaciones tenían y aún tienen!

Estos hombres, que no son meros lectores, de los de por encima y sin casi retentiva, sino que son auténticos lectores, de los que conceden peso en su vida a sus lecturas, ¡qué conversión –rayando lo imposible– tendrían que emprender como consecuencia de leerme: conversión desgarradora por las impugnaciones que implicaría, respecto de una existencia muy querida mientras la mantenían y también respecto de la Iglesia misma, de la que tanto han recibido desde que le otorgaron plena confianza! Esta conversión es, sin embargo, la puerta estrecha a franquear para que todo lo vivido hasta el momento, incluido lo que actualmente tienen que juzgar como gravemente negativo, sea ocasión de una profundidad espiritual que quizá no hubieran podido alcanzar de otra forma.

Todo esto puede sin duda intuirse, más confusa que claramente, con ocasión, como digo, de una lectura atenta de mis libros dado que abordan seriamente, sin apaños ni componendas, los problemas fundamentales que gravitan sobre toda persona suficientemente consciente de sí y de lo real; problemas que el hombre debe acoger y sobrellevar sin reservas para poder crecer en su humanidad. Se comprende, no obstante, que, con objeto de distraer de tan radicales y crueles impugnaciones y constataciones, se interpongan numerosas autodefensas. Tanto más cuanto que la vida, ya avanzada, ya se ha jugado, el término se dibuja en el horizonte y el último enigma humano, antes de que el tránsito lo suprima, se vela tras la imposibilidad de una respuesta definitiva.

*La fe ayuda a superar la parálisis o la regresión nacidas del miedo.
Contribución de mis libros a nutrir y a expresar la fe*

Otro tipo de autodefensas son las que, escudándose en la prudencia y en la cordura, esgrimen el pretexto de que hay que considerar los peligros a los que se puede exponer a otros eventualmente. Según este argumento, si la tradición estuviese sometida a los avatares de la historia, si estuviese sujeta a evolución y expuesta sin remedio a los vaivenes continuos de la crítica, perdería toda objetividad y, como consecuencia, todo valor de verdad, toda eficacia práctica para reglamentar el pensamiento y la conducta en el tiempo. Ciertamente, hay que reconocer que la relativa relajación de numerosos cristianos después del Vaticano II ha podido confirmar a muchos en tales temores, aunque a éstos, a su vez, se les podría plantear, primero, que no dejen de considerar, como atenuante de dicha relajación, la mala preparación que en general recibieron los cristianos, durante su formación y juventud, para responder al nuevo espíritu de su tiempo, y, en segundo lugar, que no incurran ellos en un pesimismo incoherente que, por un lado, tiende a exagerar las dificultades de la Iglesia en el presente mientras que, por otro, tiende a considerarla exenta de todo defecto en el pasado.

¿Acaso hubo algún progreso que no se pagase caro, en cuanto a desórdenes y derroches, por parte de las personas que no eran dignas de él y que sólo supieron deshonorarlo con sus abusos? ¿Y no es propio del espíritu del Evangelio creer que la fe triunfa al fin sobre la parálisis o la represión que el miedo inspira? Los cristianos que argumentan a partir de este tipo de autodefensas están demasiado marcados por la sabiduría de los políticos que temen todo cambio. Niegan categóricamente su mera eventualidad por razón de la "obediencia de fe". Obnubilados por una cierta angustia, no sólo no ven la utilidad de dicho cambio sino que temen sus consecuencias, que presienten –por otra parte con razón– importantes y no exentas de peligros. Aun en el caso de reconocer cuán imperfectas son las maneras como la Iglesia ejerce su misión en el Mundo, prefieren resignarse antes que desear que la situación mejore gracias a los pro-

gresos que se podrían realizar bajo la acción de los miembros más creyentes y más espirituales.

Desde hace veinte siglos, la Iglesia, heredera de un pueblo con un destino de lo más singular, vinculada sin remedio a todos los accidentes de un pasado que se abría paso por los tortuosos desfiladeros de la historia, asociada de forma pasiva pero también muy real a todas las malformaciones de los hombres, se ha dedicado incesantemente a consolidar la certeza que posee de estar en el camino justo gracias a una doctrina que basa su autoridad en la continua e indefectible asistencia de Dios por una especie de "alianza eterna". Cueste lo que cueste, la Institución procura proteger su autoridad y su gobierno de todas las impugnaciones dirigidas a sus comportamientos por la fe unida al pensamiento con miras a que la Iglesia crezca en importancia y alcance la fecundidad espiritual. Para ello se hace fuerte en la razón que le asiste en sus reticencias ante las búsquedas de las que surgen las impugnaciones, pues unas y otras –búsquedas e impugnaciones– no pueden evitar estar algo contaminadas por los espejismos propios de su tiempo.

Ahora bien, aunque es cierto que mis libros critican este tipo de “prudencias” de la Iglesia, desastrosas para su devenir, ¿no habría que reconocer también que se esfuerzan por aportar –y no con menor empeño– el espíritu capaz de nutrir y de expresar la fe en el universo mental de esta época; espíritu que contribuye a devolver a la fe, frente a los nuevos horizontes, la juventud de sus primeros tiempos, cuando la doctrina no hacía más que germinar en los corazones?

¿No es significativo, en este sentido, que estos mismos libros míos sirvan a otros lectores, que creo poder afirmar que son numerosos y no menos asiduos, para soportar el vacío de sus parroquias y la atmósfera enrarecida de unos cenáculos cerrados a cal y canto en unas creencias y prácticas que podríamos calificar de primitivas en el peor sentido de la palabra? Estos cristianos, que se cuentan sin duda entre los más “vivientes”, acogen mi obra con un sentimiento de liberación que les permite tanto responder mejor al mensaje que les llega de la

vida humana de Jesús, como sentirse verdaderamente parte de la Iglesia (que nació de él y que se despliega por los siglos mediante la difícil fidelidad a un mensaje que la supera), a diferencia de antes, cuando sólo tenían el sentimiento de ser marginales y ajenos a ella, lo cual les abocaba a la tentación de abandonarla. Esta constatación, ¿no aclara que la dificultad de mis libros es relativa, a pesar del silencio con que los rodea la sospecha?

